

Si tus ojos no me miran

Silvina Potenza



Image not found.

Capítulo 1

"SI TUS OJOS NO ME MIRAN"

CAPITULO 0

Me llamo Bautista Wall y tengo veintinueve años. Soy médico, al igual que mis padres lo fueron. Estoy casado con Sofi desde hace cuatro años y tenemos a Fede y July, nuestros mellizos de dos. Me gusta escribir. No sé de dónde lo habré sacado, bueno, o sí. Mi madrina –que es mi tía Adriana– dice que ella me lo inculcó, porque “en una familia de científicos siempre debe haber un cable a tierra” y así fue. Lo cierto, es que hace muy poco fallecieron mis padres y la verdad, me dio ganas de escribir. Escribir es una manera de decir de otra forma lo que no nos animamos o nos quedó por decir a las personas que queremos. Por eso tomé esta decisión: no sé cuánto tiempo me lleve, ni cuántas páginas tendrá, pero sí sé que será una hermosa historia –al menos para mí-. ¿Los protagonistas? Mis padres. Mi viejo, el doctor Eugenio Tomás Wall, es el hombre que más admiré y de quién más aprendí en esta vida. Sin duda que todas las personas tienen sus propias historias, con matices diferentes, con altibajos, con idas y vueltas. Pero en la vida de mi padre hubo un marcado quiebre: él fue dos personas. Una, hasta los cincuenta y dos años, otra, a partir de esa edad. Y el quiebre tuvo nombre y apellido: María Victoria Berardi, mi madre. Quizás algunos piensen que estoy loco, que no tiene sentido escribir sobre ellos. Para mí, sí lo tiene. Decirle a mi padre –porque desde algún lugar lo verá– que siempre fue mi modelo a seguir: como médico, fue respetado y reconocido en su especialidad a nivel mundial, todo a base de mucho trabajo y estudio. Como padre, fue el mejor que la vida pudo darme. Aunque siempre le pesó el ser un padre “viejo” y que muchas veces lo confundieran con mi abuelo, me dio todo. No creo que muchos padres, aún jóvenes, cada noche cargaran a sus hijos a cocollito para llevarlos a dormir, les contaran un cuento, lo arroparan y le besaran la frente como mi papá hacía conmigo todos los días (eso como para dar un ejemplo). Y como esposo, qué decir. Nunca vi a un hombre tratar con tanta delicadeza, ser tan atento y complaciente con una mujer como mi papá lo era con mamá. No recuerdo algún día en que por algo le haya levantado la voz. Entraban y salían de casa tomados de la mano. Cuando estaban juntos se los veía alegres y divertidos (mamá tenía el don de hacer reír siempre a papá, cosa no fácil para él). Se decían te quiero con solo mirarse. Y sobre mi mamá, me faltarían palabras para describirla. De ella heredé su tenacidad, su alegría, el amor por los animales. Siempre admiré la historia que tuvo con mi papá y el valor –en esos tiempos– de jugarse por su verdadero amor, apartándose de el qué dirán y decidiéndose a ser

feliz con él. No se equivocó.

Mi madre murió hace un año. Luego de convivir con un cáncer durante cuatro meses, decidió que era el momento de partir, poco antes de cumplir sus sesenta y dos. Mi padre acompañó cada minuto de la dolencia de mi madre, sufría cada dolor de ella, la atendía, la mimaba. A pesar de sus años (ya tenía ochenta y tres) hasta la cargaba upa para llevarla al baño y no nos permitía hacerlo a nosotros, porque decía que él podía - siempre había sido una persona muy sana y un gran deportista-. Estuvo cuidándola hasta el último minuto. Al lado de su cama. Tomado de su mano. Veintiocho días después de que falleció mamá, mi padre tuvo un paro cardiorrespiratorio y también murió. Mi hermano Tomás y yo quedamos huérfanos en menos de un mes. A pesar de mi profesión y de que científicamente no puedo refutar el diagnóstico de su muerte, yo sé que papá murió de otra cosa. Murió de tristeza. La vida de él sin su Vico carecía de todo sentido. Él respiraba a través de mi madre. Vivía por y para ella y ni siquiera nosotros, sus hijos y sus nietos podíamos atarlo a esta vida si ella no estaba aquí. ¿Si estoy enojado con Dios? No sé, quizás. Pero a pesar de mi dolor, entiendo (con la razón pero no con el corazón) que eso es lo que él quiso: volver a su lado.